

KURT TUCHOLSKY

EL CASTILLO
DE GRIPSHOLM

UNA HISTORIA
VERANIEGA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JORGE SECA

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Schloss Gripsholm*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2016 by Jorge Seca Gil
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, fragmento de *Mujeres tomando
un baño* (1897), de Félix Vallotton

ISBN: 978-84-16011-82-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 309-2016

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

I

Editorial Ernst Rowohlt
Berlín w 50
Passauerstraße 8/9

8 de junio

Querido señor Tucholsky:

Muchas gracias por su carta del 2 de junio. Hemos tomado nota de sus indicaciones. Sin embargo hoy quiero hablarle de otro asunto.

Tal y como tiene usted sobrada constancia, he publicado todo tipo de libros políticos de los que usted se ha ocupado profusamente en estos últimos años. Pero ahora me apetece volver al cultivo de las «bellas letras». ¿No tiene nada al respecto? ¿Qué le parecería una breve historia de amor? ¡Piénseselo! Imprimiré diez mil ejemplares con la condición de que el libro no resulte muy caro. Cuando salgo de viaje, mis amigos librereros me dicen siempre que a la gente le encanta leer esas historias. ¿Trato hecho?

Dispone de un saldo a su favor de cuarenta y seis marcos... ¿Adónde quiere que se los enviemos?

Suyo, con todos mis respetos,

ERNST ROWOHLT
(rúbrica descomunal)

10 de junio

Querido señor Rowohlt:

Gracias por su carta del 8 de junio.

Bien, vale, así que quiere una historia de amor... Querido jefe, pero ¿cómo se le ocurre semejante cosa? ¿Amor en nuestra época? ¿Ama usted? Pero ¿quién ama hoy en día?

Lo mejor será pensar, a lo sumo, en una breve historia de amor de verano.

La cosa no es fácil. Ya sabe usted lo mucho que me repugna importunar a la opinión pública exhibiendo mis líos privados... Así que esto queda descartado. Además engaño a todas las mujeres con mi máquina de escribir y por eso no experimento ningún romanticismo. ¿Está usted incitándome acaso a que me invente una historia? Oiga, fantasía sólo la tienen los hombres de negocios cuando no pueden hacer frente a los pagos. Entonces se les ocurren todo tipo de tretas. Pero a los tipos como yo...

Y si no escribo lo que la gente quiere leer («La condesa se arremangó el vestido plateado de gala y, sin dignarse dirigir una sola mirada al conde, descendió por las escaleras del palacio»), entonces sólo queda el asuntillo del matrimonio considerado como gimnasia de habitación, el «posicionamiento humano» y todos esos chismes que no nos gustan nada. ¿De dónde vamos a sacar sin plagiar a Villon?

Bueno, y ya que estamos de lleno en asuntos líricos: ¿cómo es posible que en la cláusula 9 de nuestro contrato de edición haya calculado usted un 15% de ejemplares exentos de honorarios? ¡Jamás enviará usted tantos ejemplares para reseñar, no fastidie! De esta manera está ventilándose el amargo sudor de los autores que trabajan para usted... No es de extrañar que se tome sus buenas copas en bares con sillones tapizados de terciopelo mientras los demás tenemos que tragarnos nuestra cerveza aguada en baruchos de mala muerte con duros taburetes de madera. Pero ya se sabe, así son las cosas.

Que usted me tiene aprecio, ya lo sabía. Que me debe cuarenta y seis marcos, no hace sino regocijar mi corazón. Por favor, envíemelos a la dirección de siempre. Por cierto, la semana que viene me voy de viaje, de vacaciones.

Mis más cordiales saludos.

Suyo,

TUCHOLSKY

Editorial Ernst Rowohlt

Berlín w 50

Passauerstraße 8/9

12 de junio

Querido señor Tucholsky:

Muchas gracias por su carta del 10 del presente.

El 15 % de ejemplares exentos de honorarios—créame usted, se lo digo de veras—es la única posibilidad que tengo de obtener ganancias. Querido señor Tucholsky, si pudiera usted echar un vistazo a nuestras cuentas, sabría que este pobre editor no lo tiene nada fácil. No podría subsistir sin ese 15 % y acabaría sencillamente muriéndome de hambre. Y eso no es lo que usted desea, ¿verdad que no?

Dele vueltas en su cabeza a esa historia veraniega, hágame el favor.

La gente quiere otras cosas además de la política y de los temas de actualidad, algo que regalar a la novia, por ejemplo. No se puede creer usted la falta que hace eso. Estoy pensando en una historia breve, no demasiado extensa, de unos quince o dieciséis pliegos, delicada de sentimientos, encuadrada en cartón, ligeramente irónica y con una cubierta a todo color. El contenido lo puede usted configurar a su aire. En ese sentido yo estaría dispuesto a rebajar al 14 % el número de ejemplares exentos de honorarios. ¿Qué le parece nuestro nuevo catálogo de novedades?

Le deseo que pase unas divertidas vacaciones.
Saludos cordiales.
Suyo,

ERNST ROWOHLT
(rúbrica descomunal)

15 de junio

Querido jefe Rowohlt:

Gulbransson le ha dibujado muy bien en el nuevo catálogo de la editorial: aparece usted sentado, meditando en silencio a la vera del arroyo y pescando peces gordos. El anzuelo con el 14 % de ejemplares exentos de honorarios no es cebo suficiente para mí... el 12 está mucho mejor, ¿no? Piénseselo un poco y haga de esas tripas un corazón de editor. Con el 14 % estoy seguro de que no se me va a ocurrir ninguna historia... No me pondré a escribir si no es del 12 % para abajo.

Le escribo esta carta con un pie en la estación. Dentro de una hora parte mi tren para Suecia. Estas vacaciones no voy a trabajar nada, lo que quiero es tumbarme a la sombra de los árboles y dormir de verdad a pierna suelta.

A mi regreso podemos volver a calentar el tema. Pero ahora le saludo cordialmente agitando mi sombrero en señal de despedida y deseándole que pase usted un buen verano. ¡No se vaya a olvidar del 12 %!

Con todos mis respetos.
Su fiel

TUCHOLSKY

Carta firmada, metida en el sobre, franqueada. Eran exactamente las ocho y diez. A las nueve y veinte partía el tren de Berlín a Copenhague. Y, ahora, a por la princesa.

Tenía una voz de contralto y se llamaba Lydia.

Pero Karlchen y Jakopp llamaban *princesa* a toda mujer que tenía algo que ver con alguno de nosotros tres, sólo por honrar al príncipe de turno. Y esto era lo que significaba *princesa*; pero cuando le tocó a ella ninguna otra pudo volver a recibir ya ese nombre.

No era una princesa.

Era algo que abarca todos los matices imaginables posibles: era una secretaria. Era la secretaria de un patrón descomunalmente gordo; yo le vi una vez y me pareció asqueroso, y entre él y Lydia... ¡No! Esas cosas suceden casi de manera exclusiva en las novelas. Entre él y Lydia existía esa curiosa relación mezcla de afecto, tolerancia nerviosa y confianza de una parte, y de afecto, antipatía y nerviosismo tolerante de la otra: era su secretaria. El tipo ostentaba el título de cónsul general y, por lo demás, comerciaba con jabones de sebo. Siembre había paquetes tirados por su despacho y así el gordo disponía por lo menos de una excusa para sus manos grasientas.

El cónsul general, en un arrebato de generosidad principesca, le había concedido cinco semanas de vacaciones; él mismo se iba a Abbazia. Partió anoche en tren... ¡Que le sea leve en el coche cama! En la oficina estaban ahora el cuñado de él y una sustituta de Lydia. Pero qué me importaban a mí sus jabones de sebo... A mí quien me importaba era Lydia.

Ella estaba ya con las maletas delante de la puerta de su casa.

—¡Hola!

—¿Ya estás aquí?—dijo la princesa en su idioma para asombro completo del taxista, a quien sonó a chino mandarín aquella frase. Pero se trataba tan sólo del missingsch.

Missingsch es el producto que resulta cuando un bajoalemán intenta hablar alemán. Va subiendo los peldaños encerados del tobogán de la gramática alemana para caer de narices nuevamente en su querido bajo sajón. Lydia era de Rostock, y dominaba ese idioma a la perfección. No se trataba de un bajo sajón rústico, aldeano, no. Era mucho más refinado. El alemán que hay en él suena a burla y a caricatura; es como si un labriego se dispusiera a labrar sus tierras vestido con frac y chistera. La chistera es efectivamente un sombrero tieso y elegante, pero si no estás acostumbrado a llevarlo se te cae continuamente a los lados, eso es lo que hay. Y en el bajo sajón está contenido todo el humor de estos alemanes del norte, su burla bonachona cuando se pasan tres pueblos, su guasa apabullante cuando se huelen a un fanfarrón, y se lo huelen, sí, se lo huelen indefectiblemente... Éste es el idioma que sabía hablar Lydia en un momento dado. Y éste era uno de esos momentos.

—Hosti, tú, ¿estoy soñando que no se te han quedado pegadas las sábanas esta mañana?—dijo disponiéndose a ayudarnos a mí y al chófer con un gesto firme pero apacible. Cargamos las maletas—. ¡Eh, coge el perro salchicha!

El perro salchicha era un bolso de mano estúpidamente alargado. ¡Y ella era muy exacta en sus descripciones! Las aletas de su nariz mostraban un toquecito de polvos de tocador. El coche arrancó.

—La señora Kremser ha dicho—comenzó a decir Lydia—que me lleve mi abrigo de piel y mucha ropa de abrigo porque en Suecia el verano no existe ni en pintura, eso es lo que ha dicho la señora Kremser. Allí siempre es invierno, dice. ¡Pero no puede ser verdad eso!—La señora Kremser era el ama de llaves de la princesa, su criada, la señora de la limpieza y la confidente de sus grandes secretos. A pesar del tiempo transcurrido me seguía frun-

ciendo la nariz como mostrando cierta desconfianza... Tenía buen instinto esa mujer—. Dime, ¿hace de verdad tanto frío allá arriba?

—Es curioso—dije yo—. Cuando los alemanes piensan en Suecia la asocian en su cabeza con el vino sueco especial, un frío de mil demonios, Ivar Kreuger, cerillas, un frío de mil demonios, mujeres rubias y un frío de mil demonios. Pero no es un país tan frío.

—Vale, de acuerdo, pero ¿cuánto frío hace?

—Las mujeres sois muy meticulosas—dije.

—¡Excepto tú!—dijo Lydia.

—Yo no soy una mujer.

—¡Pero sí meticuloso!

—Permíteme la observación—dije yo—, pero aquí hay un error de lógica. Hay que diferenciar de la manera más precisa posible los términos...

—¡Dale un besito a Lydia!—dijo la dama.

Eso hice, y el chófer puso morritos y movió ligeramente la cabeza hacia delante como para dar un beso, y es que la escena se reflejaba en el parabrisas. Y luego el coche se detuvo allí donde dan comienzo las historias que se precian de tales: en la estación del tren.

3

Resultó que el mozo de equipajes n.º 47 era de Warnemünde, y no parecía adivinarse un pronto final para tanta alegría y tanta cháchara. Así que decidí interrumpir aquel idilio entre paisanos, más que nada por la hora.

—¿Se viene el mozo con nosotros? Así podréis seguir hablando, pero dentro del tren.

—¡Qué tontorrón eres! ¡No te pongas así, anda!—dijo la princesa.

Y el mozo de equipajes:

—¡Hay tiempo de sobra!

Me callé al quedar en minoría, y los dos comenzaron entonces a charlar animadamente sobre si Korl Düsigg vivía todavía a orillas de la «corriente»:

—Sabe usted quién digo: Düsigg... No... ¡El viejo! ¡Oh, qué bien, gracias a Dios, así que sigue viviendo allí! Y ha vuelto a hacer otro hijo...

Ese hombre tenía setenta y ocho años, y yo, aquí, metido en la oficina de entrega de equipajes, le profesé una santa envidia. Era su decimosexto hijo. Pero ahora sólo quedaban ocho minutos para la partida del tren, así que...

—¿Quieres que compre periódicos, Lydia?

No, no quería ninguno. Se había traído algo para leer. Ninguno de los dos sucumbimos a esa extraña enfermedad consistente en comprar de pronto un kilo de papel impreso del que sabes de antemano y con bastante exactitud que es papel manchado. Así que compramos periódicos.

Y entonces—solos en el compartimento—nos pusimos en marcha hacia Suecia vía Copenhague. Por el momento estábamos todavía en la marca de Brandeburgo.

—¿Qué te parecen estas tierras, Peter?—dijo la princesa.

Entre otras cosas nos habíamos puesto de acuerdo en que yo me llamaba Peter. Dios sabía por qué.

¿Estas tierras? Era un día de junio, claro y ventoso..., hacía bastante fresco, y el paisaje tenía un aspecto recogido y limpio, estaba como esperando al verano, diciendo: estoy muy pelado.

—Bueno—dije yo—, estas tierras...

—Hostí, tú, por lo que te pago podrías exprimir mejor tus neuronas—dijo ella—. Podrías decir, por ejemplo: este paisaje es como poesía petrificada, o me recuerda a Fiume, sólo que allí la flora es más católica..., o alguna cosa similar.